

SIMBOLOS Y FORMAS ARTISTICAS DEL ITINERARIO DE LA VIRGEN EGERIA *

**Miguel Cortés Arrese
Colegio Universitario de Soria**

El peregrinaje era considerado por los primeros cristianos, por los más piadosos, como una práctica de ascesis. El peregrino dejaba su medio social habitual, y afrontaba la soledad, las dificultades y los peligros de un viaje lejano. Se adecuaba así al ideal de renuncia, de desprecio del mundo, emparentándose de algún modo con el monaquismo y eremitismo, aunque con una diferencia importante: la renuncia al mundo del peregrino no era más que provisional, y al final de su viaje piadoso volvía a su medio natural ¹.

Esta renuncia era llevada a cabo en nombre de Cristo y, en consecuencia, el primer objetivo será Jerusalén, el lugar donde ha vivido Cristo y donde ha sufrido la Pasión. Algunos hechos facilitaron la generalización de este fenómeno: el Edicto de Milán, el año 313, concedía a los cristianos igualdad de derechos; además, la posterior conversión de Constantino, y el descubrimiento de la Santa Cruz por su piadosa madre, Elena, en el año 326, propiciaron la erección de magníficos santuarios que fijarían de manera definitiva capítulos importantes de la vida del Salvador.

De los criterios expuestos más arriba debió participar la virgen

(*) Comunicación presentada a las *VI Jornadas sobre Bizancio*.

(1) SIGAL, P.A. "Les différents types de pèlerinages", *Santiago de Compostela. 1000 Ans de Pèlerinage Européen*. Bruselas, 1985, p. 97.

Egeria, abadesa de un monasterio de la Gallaecia, quien en el año 381 se inició en un largo viaje a los Santos Lugares que se prolongaría durante tres años².

Encuadrada tal vez en el séquito del emperador Teodosio, que en las mismas fechas partía para el concilio de Constantinopla, Egeria cruzó Hispania hasta Tarraco, atravesó la Galia Narbonensis, pasó el Ródano y por el norte de Italia fue a embarcarse al puerto de Aquileya, en el Adriático, continuando la travesía por mar hasta Constantinopla, donde se detuvo algún tiempo, aprendiendo el griego, que era la lengua entonces habitual en la liturgia de los Santos Lugares³.

Curzó el Asia Menor, a mediados del año 381, y se dirigió a Palestina, pasando por Antioquía, tal vez en compañía del obispo Cirilo, que regresaba del concilio a su diócesis de Jerusalén. Egeria llegó allí a fines del 381, pasó en Belén la Epifanía del año 382 y en Jerusalén la Cuaresma, Pascua y Pentecostés.

Hacia el otoño se propuso conocer la vida de los ascetas de Egipto y visitar sus cenobios y grutas. Hizo por mar el trayecto de Cesaria a Alejandría y agua arriba del Nilo pudo contemplar el cenobio fundado por San Pacomio. De Tebas regresó a Menfis y por la ruta comercial y militar se dirigió a la importante ciudad portuaria de Pelusio donde embarcó para Palestina a comienzos del año 383.

En septiembre presenció en Jerusalén las Encenias o fiestas de la dedicación de los templos constantinianos sobre el Gólgota. Quiso conocer también el monte donde Javé dio a Moisés el Decálogo. En el Sinaí asistió a la liturgia celebrada para los peregrinos y, vivamente emocionada, repitió el itinerario del viaje anterior de vuelta, llegando a Jerusalén a comienzos del año 384.

El siguiente recorrido tuvo por objeto la visita a Jericó, y vadeando el Jordán por el lugar en el que los israelitas entraron en la Tierra Prometida, y donde Cristo fuera bautizado, subió al monte Nebó

(2) Hidacio y Orosio continuarán en el siglo siguiente esta trayectoria, lo que evidencia una sensibilidad en esta zona geográfica hacia esta problemática. Sobre esta cuestión, Vid. TORRES, C. "Peregrinaciones de Galicia a Tierra Santa en el siglo V. Hidacio", *Compostellanum*, I (1956) 402 ss.

(3) ALVAREZ, A. "Peregrinación de Egeria a Tierra Santa", *Historia* 16, 102 (1984) 95.

para venerar el sitio donde falleció Moisés tras divisar la tierra de Canaán. Luego, además de acercarse a Nazaret y recorrer las orillas del lago Tiberíades, subió hasta Cárneas para venerar el sepulcro del Santo Job.

Después de haber visitado todos los Lugares Santos, se aprestó a iniciar el viaje de vuelta. Las últimas noticias la sitúan en Constantinopla. Tal vez su mala salud le impidió regresar al punto de partida.

Como era costumbre desde antiguo ⁴, dejó un relato de sus andanzas, un *Itinerarium*, hoy perdido.

Se conserva, no obstante, una copia incompleta que se halla en un códice escrito en el siglo XI por un monje benedictino de Montecasino, descubierto en 1884 por el italiano J.F. Gamurrini ⁵.

El personaje que nos revela el texto corresponde al de una devota ferviente, animada por una fe humilde e ingenua. Su único propósito es el deseo de ver con sus propios ojos los lugares bíblicos, visitar las iglesias y santuarios, y registrar el desarrollo de las ceremonias litúrgicas de Jerusalén, poniendo de manifiesto un agudo sentido de la observación ⁶.

El itinerario no es la obra de un escritor y su autora no ha tenido ni la motivación ni la ambición de hacer de ella literatura. Parece

(4) La literatura de viaje y peregrinaje tiene raíces muy antiguas. Ya en el mundo helénico era conocido un texto llamado "hodoiporicón", un relato de experiencias personales de viaje, enriquecido con datos históricos y geográficos. Un "hodoiporicón" correspondía a la idea de "manual de viaje" y de "descriptio itineraria", el "itinerarium" romano, un género que iría bien para acoger a partir del siglo IV, los primeros relatos de peregrinaje a Jerusalén.

(5) La parte del texto que se conserva nos presenta a Egeria a su llegada al Sinaí. Falta por consiguiente una buena parte del principio y algo al final, ya que la monja viajera proyecta desde Constantinopla un viaje a Éfeso, para venerar el sepulcro de S. Juan Evangelista, que ya no relata. Además de la posible vuelta a España. Sobre éste y otros aspectos, Vid. ARCE, A. *Itinerario de la Virgen Egeria*, Madrid, 1980.

(6) VAANANEN, V. "En relisant le journal de route d'Egerie". *Actes du XVII^eme Congrès International de Linguistique et Philologie Romanes (Aix-en-Provence 29 août - 3 set. 1983)*, vol. 2. Aix-en-Provence, 1985, p. 103.

guiada únicamente por el afán de informar y edificar a la congregación femenina a la que pertenece, y la Biblia —una versión griega que bien pudo adquirir en Constantinopla— es a la vez su breviario y su *vade-mecum* ⁷. Su prosa está lejos no sólo del latín clásico, sino también de la de otros autores cristianos. Su estilo, donde abundan las repeticiones, lo que reduce su contenido real informativo, pudiera explicarse a partir de la idea de que se trata de notas de viaje, inmediatas, sencillas, donde no tiene cabida la retórica. En cualquier caso desde el punto de vista artístico tiene notable interés, fundamentalmente por dos razones:

1. Por la información que suministra acerca de la arquitectura paleobizantina, de los edificios de Tierra Santa, de los criterios que guiaban su construcción, de su valoración estética y de su función.

2. Por los elementos que aporta para el conocimiento de alguno de los códigos iconográficos que entonces estaban configurándose en el ámbito de la imaginaria cristiana.

La arquitectura de Tierra Santa.

Dado el carácter de su viaje, Egeria concede notable importancia a los santuarios conmemorativos y de peregrinaje, los cuales, por otro lado, constituyen una categoría importante de la arquitectura paleobizantina. Estos recintos, servían para perpetuar lugares santificados por la historia bíblica, tales como el monte Sinaí o el Huerto de los Olivos, o bien para albergar restos de alguno de los grandes personajes que adornaron la trayectoria de la fe cristiana y la de sus predecesores.

Los lugares bíblicos eran por definición inamovibles, y en consecuencia, se trataba de un fenómeno importante desde el punto de vista de la planificación arquitectónica, pues el martirion había de adaptarse a las exigencias del terreno para hacer viable su carácter "testimonial" ⁸. Así ocurría en el monte Sinaí " donde hay ahora una

(7) Ella misma lo indica: "En este viaje, los santos que iban con nosotros, clérigos o monjes, nos mostraban cada uno de los lugares que yo buscaba siempre en las Escrituras" (7.2). Tanto en esta referencia textual como en las siguientes, seguimos el estudio y edición de A. Arce, ya mencionado.

(8) MANGO, C. *Arquitectura bizantina*. Madrid, 1975, p. 74.

iglesia no grande; pues el lugar mismo, es decir la cima del monte no es muy extensa; pero dicha iglesia es en sí muy graciosa" (3,3). Egeria añade por su parte, cómo la iglesia era atendida por uno de los monjes que habitaban los numerosos eremitorios circundantes.

Lo mismo cabe decir del monte Nebó (frente a Jericó), donde escribió Moisés el Deuteronomio y bendijo a cada una de las tribus de Israel antes de su muerte: "Llegamos, pues, a la cima de aquel monte, donde hay ahora una iglesia no grande en la misma cima del monte Nebó. Dentro de esta iglesia, en el lugar donde está el púlpito, vi un lugar un poco más alto, que tenía las mismas dimensiones que suelen tener los sepulcros. Entonces pregunté a aquellos santos qué cosa era ésto, y ellos respondieron: «Aquí fue puesto el santo Moisés por los ángeles»" (12,2)⁹.

También se respetaban el lugar que había acogido los restos de algún martir o santo, antes de que sus cuerpos o reliquias comenzasen a ser trasladados de un sitio para otro, tal como Egeria nos cuenta en el caso del sepulcro de Job: "El cual santo monje, varón asceta, después de tantos años que vivía en el yermo, creyó necesario ponerse en viaje y bajar a la ciudad de Carneas para avisar al obispo o a los clérigos de aquel tiempo, como le había sido revelado, que cavasen en el lugar que le había sido mostrado: y así se hizo. Los cuales, cavando en el lugar que había sido indicado, hallaron una cueva, y siguiéndola por unos cien pasos apareció de repente, mientras cavaban, una piedra, en la cual, después de limpiarla bien, hallaron en la tapa una escultura del mismo Job, al cual desde entonces fue dedicada en este lugar la iglesia que veis; pero de modo que la piedra con el cuerpo no fuera llevada a otro lugar, sino que fuera, colocada allí donde fue hallada" (16,5).

Distinto era el caso del sepulcro de Santo Tomás que Egeria visitó

(9) En el mismo sentido hay que entender las consideraciones que hace de la iglesia del lugar de Horeb, en donde estuvo el santo profeta Elías, cuando huyó de la presencia del rey Acab. Cabe incluir aquí también la iglesia dedicada a Melquisedec en Salem, en el lugar donde el santo ofreció a Dios sacrificios puros —es decir pan y vino—. La consagrada en Charram, en la casa donde habitó Abraham, erigida en los mismos cimientos y con las mismas piedras, que acogía los restos de San Helpidio, muy venerado en toda la Mesopotamia, o, finalmente, la levantada en honor del pozo de Jacob, cerca de la cual vivían únicamente los sacerdotes que atendían la iglesia y los ascetas de los numerosos monasterios vecinos.

al pasar por Edesa camino de Constantinopla. El santo mártir contaba además con una iglesia a él dedicada de la que señala: "La iglesia que hay allí es grande, muy hermosa y de nueva planta como en verdad conviene que sea la casa de Dios" (19,3), informándonos así que la iglesia antigua, arrasada por la inundación del Daisán en el reinado de Abgar VIII (179-214), había sido levantada de nuevo¹⁰.

Egeria alude a los principales santuarios cristianos a propósito del pormenorizado relato que hace de la liturgia de Jerusalén, por lo que incorpora también su función y simbolismo.

Dedica atención preferente a la Anástasis, construida con sólidos sillares para albergar el sepulcro donde Cristo había resucitado¹¹. El interior se diseñó como una enorme rotonda, de 33,70 m. de diámetro, envuelto en espacio central por un deambulatorio de forma irregular. En el centro mismo del edificio se alzaba el cono del sepulcro de Cristo bajo el baldaquino de Constantino. Una cúpula de madera con un cuerpo de luces incorporado cubría este espacio central¹². Egeria cuenta cómo "cada día, antes del canto de los gallos se abren todas las puertas del Anástasis... y al amanecer llega el obispo con el clero y al punto entra en la gruta, y desde el interior de los cancelos dice, primero la oración por todos; luego recuerda los nombres de los que él quiere y por último bendice a los catecúmenos" (24,2). El recinto alcanzaba su esplendor con el oficio de la tarde "el Lucernario", cuando "el pueblo se reúne de nuevo en el Anástasis, se encienden todas las lámparas y cirios, produciéndose una claridad luminosísima. Esta luz no viene de afuera, sino que sale del interior de la gruta, donde noche y día está encendida una lámpara, esto es, dentro de los cancelos" (24,4). De la importancia litúrgica del lugar nos habla el hecho de que se celebrase la ceremonia de la Presentación de Jesús en el Templo, que aquí culminase la procesión del domingo de Ramos y el Viernes Santo se leyese el pasaje del Evangelio en el que José pide a Pilato el cuerpo del Señor y lo pone en el sepulcro nuevo. El Sábado Santo eran llevados allí todos los catecúmenos bautizados en Jerusalén,

(10) ARCE, A., *op. cit.*, p. 99.

(11) KRAUTHEIMER, R. *Arquitectura paleocristiana y bizantina*. Madrid, 1984, p. 86.

(12) Vid. BRUYNE, E. *Historia de la Estética. II*. Madrid, 1973, p. 219 ss.

desde el inmediato baptisterio; era una evocación de cómo la resurrección de Cristo había posibilitado la resurrección a la nueva vida de los recién bautizados. El domingo de Pascua, al igual que todos los domingos, leía el obispo el evangelio de la resurrección del Señor.

La Anástasis tenía una fachada recta, que daba a un patio porticado en tres de sus lados —el atrio interior— donde, en el ángulo sureste, se alzaba la Roca del Calvario. En este espacio, guardado por presbíteros y diáconos, esperaban los peregrinos la apertura de las puertas de la Anástasis, y aquí se desarrollaban algunas ceremonias importantes en la Semana Santa.

El Jueves Santo se comulgaba colectivamente, recordando a los fieles de Jerusalén la institución de la Eucaristía, y el Viernes Santo se celebraba la ceremonia más importante: "Cuando llega la hora sexta, se va ante la Cruz, que llueva o haga calor, porque el lugar está al aire libre: es como un atrio muy grande y muy hermoso que se halla entre la Cruz y el Anástasis. Allí, pues, se reúne todo el pueblo, de modo que ni pasar se puede. Colócase una cátedra para el obispo delante de la Cruz, y desde la hora sexta a la nona no se hace otra cosa más que leer lecciones, de esta manera: se lee primero de los Salmos, siempre que traten de la pasión del Señor; también de los Evangelios, donde hablan de la pasión... para demostrar a todo el pueblo que cuanto dijeron los profetas de la futura pasión del Señor se ve cumplido en los Evangelios y en las escrituras de los Apóstoles" (37,4) ¹³.

Inmediato al atrio interior se encontraba el martirion, de planta basilical, de cinco naves y la central más ancha terminando en un ábside redondeado (semicircular probablemente), que el historiador Eusebio ¹⁴ describe como un *hemisphairon* bordeado por doce columnas que sostenían zafas de plata y que acogía el trono episcopal. Una escalera cerca del altar bajaba al lugar donde fue encontrada la Cruz, hoy llamada de Santa Elena y entonces la cripta del martirion.

(13) El mismo significado tenía el hecho de besar el santo leño de la Cruz, el anillo de Salomón y el cuerno con cuyo aceite eran ungidos los reyes, el mismo día y en el mismo lugar, aunque con anterioridad a la ceremonia mencionada. En todos los casos se alude al propósito de mostrar que Jesús era el Mesías esperado por todos y que el Nuevo Testamento constituía la culminación del Antiguo, convención que se mantendrá durante largo tiempo.
 (14) ARCE, A. *op. cit.* p. 335 ss.

A la manera de los viajeros de entonces, Egeria se interesa menos por la estructura del edificio que por los elementos decorativos que contribuían a embellecerlo, en la línea del sentido estético medieval¹⁵. Por ello, a propósito de la octava de Epifanía escribe: "Allí no ves más que oro, piedras preciosas y seda; porque si miras los tapices, son de seda bordada de oro. Todo el servicio del culto divino que se ve aquel día es de oro con piedras preciosas incrustadas. Y el número o valor de los cirios, candelabros o lámparas y de toda clase de objetos de culto ¿puede acaso apreciarse o escribirse?. Y ¿qué diré de la ornamentación de la fábrica misma, que Constantino, bajo la vigilancia de su madre, en cuanto se lo permitieron las riquezas de su reino, decoró con oro, mosaicos y mármoles preciosos, tanto la iglesia mayor como la Anástasis y la Cruz y los demás lugares santos de Jerusalén?" (25, 8-9).

El recinto del Gólgota se completaba con el baptisterio ya mencionado, las dependencias eclesiásticas, entre las que se incluía la vivienda del obispo, junto a la Anástasis, y una pequeña capilla junto a la Cruz, accediéndose a la calle principal, el cardo máximus, por unas esclinas desde el atrio exterior.

De la Eleona, en el Huerto de los Olivos, la tercera en importancia de las fundaciones de Constantino en Palestina¹⁶, Egeria tan sólo señala que se trata de una "hermosa iglesia", y que contenía "la gruta donde enseñaba el Señor a sus discípulos" (25,11), que el arquitecto dispuso bajo la bema, realzada y acomodada a las condiciones del terreno. Allí se acudía el cuarto día de la octava Epifanía, y se iniciaba la procesión del domingo de Ramos, y el Martes y Jueves Santo se recreaban los hechos evangélicos que acontecieron en aquel lugar.

Menciona, finalmente, la iglesia del Cenáculo de Sión, que tenía como reliquia más preciada la columna de la flagelación de Cristo, por lo que era obligada su visita el Viernes Santo. Esta iglesia, no obstante,

(15) YARZA, J. et al. *Fuentes y documentos para la historia del arte. Arte medieval. I. Alta Edad Media y Bizancio*. Barcelona, 1982, p. 18,21,61, y 62.

(16) La otra era la iglesia de la Natividad de Belén, que Egeria denomina constantiniana, y que junto a la *Ecclesia ad Pastores*, acogía al obispo de Jerusalén y a su clero en la vigilia que conmemoraba el nacimiento de Jesús.

alcanzaba mayor relevancia el domingo de Pentecostés, donde en presencia del obispo "se lee el texto de los Hechos de los Apóstoles donde desciende el espíritu para que se extendiesen todas las lenguas que se hablaban; luego se dice por su orden la misa" (43,3).

Los símbolos y sus imágenes.

Las referencias a los textos anteriores y su simbolismo, nos permite pasar a considerar el papel jugado por la liturgia en la codificación de los signos que empezaban a alimentar la iconografía cristiana y en consecuencia el del texto que se nos ha conservado de Egeria.

Las primeras imágenes de la iconografía cristiana son imágenes signo, que se dirigen ante todo a la inteligencia y sugieren más de lo que efectivamente muestran. Como el valor de un signo es proporcional a su concisión, el método de simplificación del esquema no tiene límites, salvo los que impone la necesidad de que resulte inteligible. Las imágenes cristianas más antiguas van todas en la misma dirección: la imagen-signo primero. Solo a mediados del siglo IV aparecen algunos casos muy instructivos que dan testimonio de una evolución del gusto, en el sentido de sustituir las imágenes esquemáticas por las pinturas descriptivas¹⁷.

Las fuentes de las que se van a servir los iconógrafos en este proceso de cambio provendrán de los modelos imperiales¹⁸, pero también y sobre todo de la evocación de los acontecimientos descritos en los Evangelios. En este sentido cabe destacar algunos acontecimientos que se "vivían" en torno a los Santos Lugares con motivo de la celebración de la liturgia cristiana. La Natividad y la Adoración de los Magos, la Presentación, la entrada de Jesús en Jerusalén, el Prendimiento, la Ascensión o Pentecostés, son algunos de los más importantes.

Recordemos el texto de Egeria relativo a la procesión del domingo de Ramos: "Y cuando ya empieza la hora undécima, se lee el texto del

(17) GRABAR, A. *Las vías de la creación en la iconografía cristiana*. Madrid, 1985, p. 94.

(18) La Adoración de los Magos, por ejemplo, traduce la imagen de la ofrenda de coronas y presentes por parte de los orientales y los bárbaros vencidos por un emperador.

evangelio donde los niños, con ramos y plamas, salieron al encuentro del Señor, diciendo: «Bendito el que viene en nombre del Señor». Y al punto se levanta el obispo y todo el pueblo; y desde lo más alto del monte Olivete se va a pie todo el camino. Todo el pueblo va delante de él cantando himnos y antífonas, respondiendo siempre: «Bendito el que viene en nombre del Señor». Y todos los niños de aquellos lugares, aun los que no pueden ir a pie, por ser tiernos y los llevan sus padres al cuello, todos llevan ramos, unos de plamas, otros de olivos; y así es llevado el obispo en la misma forma que entonces fue llevado el Señor. Desde lo alto del monte hasta la ciudad, y desde aquí a la Anástasis por toda la ciudad, todos hacen todo el camino a pie; y si hay algunas matronas o algunos señores, van acompañando al obispo y respondiendo. Se va poco a poco, para que no se canse el pueblo, y así se llega a la Anástasis ya tarde; donde después de llegar, aunque sea tarde, se repite la oración en la Cruz y se despide el pueblo (31,2-4).

La escenificación del tema en el sepulcro de Junio Basso (359), el Evangelario de Rossano (s. VI) y el mosaico de la capilla palatina de Palermo (s. XII), testimonian fehacientemente esta evolución y a la vez la fidelidad a un código expresivo, a un modelo. Estas imágenes serían difundidas por doquier con la ayuda de algunos objetos palestinos que los peregrinos adquirirían como recuerdo de su estancia: ampollas, anillos, incensarios. Su éxito se debe en buena medida a que hacen coincidir cada escena con el lugar en concreto donde se desarrollaba un culto en particular: Belén, Jerusalén... y por tanto logran vincular el trasfondo teológico con las rutas de peregrinaje ¹⁹.

Por todo ello, las referencias de Egeria (también la ceremonia de Presentación de Jesús en el Templo, la Ascensión o Pentecostés), adquieren mayor valor si cabe. Más todavía si pensamos que en esta época son muy pocos los escritos que se ocupan por extenso de las artes plásticas ²⁰.

(19) ELVIRA, M.A. "Viejos «souvenirs» de Tierra Santa", *Revista de Arqueología*, VI (1985) 10.

(20) YARZA, J. et al. *op. cit.*, p. 17.